

DEJANDO HUELLA

PSEUDÓNIMO: TERESA

Agua acomodada sobre la huella petrificada y embarrada de dinosaurio. El charco espera, balanceándose, la evaporación lenta que le llevará a la ascensión pero a la vez desea, obsesivamente, esas pisadas fuertes y esforzadas de los corredores, que le harán salpicar y reproducirse. Placer de pisar y ser pisado. Huellas deseadas.

Las ruedas del carro, a la vez que trazan el camino, seccionan finamente el charco superponiendo la marca de la rodera sobre parte de las pezuñas de los bueyes. Siguiendo el surco, borrando huellas.

La perdiz atraviesa entretejiendo con pisadas la urdimbre del camino. Con sutileza, pisa el charco, bebe y emprende la carrera hacia el cotarro para impulsarse y volar. Huellas de escapada, de huída.

La ansiedad comienza a aparecer en el charco. No viene nadie aún, piensa. No se percibe del mosquito que succiona el agua sin dejar prácticamente impronta. Y vuela, también. Sin dejar huella, casi.

El primer pisotón sorprende al charco descuidado, produciéndole una conmoción insospechada. La suela con tacos, queda impresa en el fondo sellando un desgarro intolerable que, mezclado con el placer de las salpicaduras, cicatriza satisfactoriamente. Huella profunda.

Las motas de barro, impulsadas por el ímpetu de la carrera y entremezcladas con las gotas de sudor de los atletas, se precipitan en todas las direcciones; volando e impregnándose mutuamente, rubricando el esfuerzo y la superación. Huellas estampadas.

La esperanza de llegar a la meta ha hecho desaparecer el charco. El lugar ha sido ocupado por una amalgama de huellas reflejo de la diversidad, de la vida misma: unas ilusionadas, otras derrotadas, esas evocadas, aquellas vulnerables, pisadas diferentes pero iguales, negras y blancas, tolerantes, inclusivas,... seres dejando huella,...

Mientras en el podium se coronan los laureles del triunfo, allí, en el valle, los dinosaurios pastan, pasan, pisan y continúan dejando sus huellas. Lluve.